

Los narcos reclutan a jubilados y embarazadas en el GBA

Les prometen protección legal y policial. Los fiscales de la zona sur dicen que es frecuente que baleen las viviendas de los que quieren abrirse o les deben dinero. Eso le pasó a una familia de Luis Guillón. Por: Liliana Caruso; Héctor Gambini. CLARÍN 13-9-09

¿Qué cara tienen los narcotraficantes? En los barrios del conurbano donde la cocaína llega más rápido que el asfalto no son grupos comando con pasamontañas y fusiles, recién enviados por hombres de bigote fino que aspiran el humo de habanos caros. Allí, en Luis Guillón (el barrio de Esteban Echeverría donde la semana pasada asesinaron a una nena de 8 años), la cara de los narcos es la de muchos vecinos. Algunos, conocidos de toda la vida. Ellos son los que venden droga. ¿Y hasta dónde se trasladan para hacerlo? A ningún lado. La venden allí mismo. En sus casas.

El fiscal Alejandro Castro Olivera (de la fiscalía especializada en drogas para todo el departamento judicial que abarca Lomas de Zamora, Esteban Echeverría, Almirante Brown, Avellaneda y Lanús) advierte que los narcos que operan en el Gran Buenos Aires reclutan distribuidores en los barrios. Seducen gente sumergida en la pobreza con promesas de buenas ganancias. Entre ellos hay jubilados a quienes les montan un "quiosco" y les pagan entre 100 y 200 pesos por día. "Saben que si los detienen tienen la posibilidad de un arresto domiciliario, por la edad", cuenta el fiscal. También suman a las embarazadas, porque pueden, si son detenidas, acceder al beneficio de cumplir la pena en sus casas. "Así es como vemos que en muchos quioscos de droga hay nenes. Yo le sumo ese agravante a la hora de pedir condena, por haber criado a los chicos en ese ámbito", explica Castro Olivera.

Uno de esos chicos era Bárbara. Le dieron un balazo en la nuca mientras jugaba saltando una sogá, en el atroz final de una venganza contra su padre que se urdía desde hacía semanas. Para el fiscal Castro Olivera, "la modalidad de tirotear las casas es común en este negocio. La agresión puede ser por una mejicaneada de la droga (el robo para comercializarla), porque el consumidor no pagó o porque la droga es muy mala. Pero también es probable que alguien se quiera abrir y no lo dejen. Resulta muy difícil salir del circuito".

En la Justicia aseguran que están creciendo en forma significativa los homicidios y lesiones graves derivados de ajustes de cuentas narcos. Las cifras del Ministerio de Seguridad bonaerense dicen que en el primer semestre de 2007, el 9% de los homicidios en la Provincia fueron por "ajustes de cuentas", una cifra que pasó al 18% en 2008 y al 25% este año. Es decir, hace dos años 1 de cada 10 crímenes eran por ajustes de cuentas, y ahora 1 de cada 4.

¿Cuántos de estos asesinatos están vinculados específicamente a las drogas? Para la titular de la fiscalía 9 de Lomas de Zamora, María Delia Recalde, la mayoría: "Los narcos se balean para ganar territorio o sólo para marcar su zona. Están apareciendo grupos que quieren copar barrios casa por casa y el conflicto estalla cuando, por ejemplo, uno de los nuevos miembros quiere cambiar de proveedor". ¿Puede haber protección policial? Para la fiscal Recalde, "la sospecha está, pero yo creo que no sucede siempre y que se trata de casos puntuales". Su fiscalía está de turno tres días por mes y allí recibe más de mil causas. En la comparación, no duda: "Entran el doble de causas por droga que hace dos años".

Desde la fiscalía antidrogas de Lomas de Zamora advirtieron hace un par de meses que se estaba "haciendo poco" para combatir el narcotráfico en la zona de Esteban Echeverría, donde está la localidad de Luis Guillón. "Pedimos a los policías más esfuerzos. Hay que profundizar las investigaciones, porque sin pruebas no se puede allanar", dice Castro Olivera. Para dificultar que se consigan esas pruebas, algunas casas donde se vende droga tienen puertas con una especie de ventanita; por allí sólo entra una mano y entonces el comprador no puede comprobar quién está detrás vendiendo. O usan rejas con aperturas invertidas para que el dealer gane minutos en los allanamientos. Como para abrirla hace falta una palanca especial, tiene tiempo de pasarle la droga a un vecino a través del alambrado del fondo o de vaciar las bolsitas en el inodoro.

En Luis Guillón se reproducen los contrastes del conurbano. Entre los chalecitos gemelos proyectados por el gobierno de Perón en 1953 se cuelan hoy enormes casas señoriales, prefabricadas y viviendas despintadas. Fuentes judiciales confirmaron a Clarín que la zona

siempre está bajo la lupa porque las "mulas" hacen del Camino de Cintura una de sus vías preferidas para transportar droga de un distrito a otro. A pocas cuadras limita con los barrios de Transradio y El Olimpo, lugares donde se detectaron varias "cocinas" de cocaína.

Los vecinos coinciden en que Guillón Sur es la zona donde más florecieron los "quioscos" caseros porque goza de ciertas ventajas: la comisaría está a más de 20 cuadras y cruzando las vías; no hay cámaras de seguridad como en el centro del partido (en Monte Grande) y tiene salida rápida por el Camino de Cintura.

Las calles con más "quioscos" están, en algunos casos, a menos de 150 metros de un complejo educacional que tiene primaria, secundaria y jardín de infantes, en un sector llamado Las Moreras. A la Escuela 19, la primaria de ese complejo, iba Bárbara, la nena asesinada en su propia casa la semana pasada.

En la recorrida de Clarín, los vecinos confirmaron que los consumidores de droga son chicos de la zona o que llegan de partidos vecinos, y que pertenecen a todas las clases sociales. Y coinciden en que los que venden muchas veces aceptan por necesidad. Un combo fácil: promesa de un sueldo sin salir de casa, impunidad... "Aún existe una barrera moral y algunos se niegan", dicen en la Fiscalía. "Pero otros aceptan sin saber dónde se están metiendo".

La historia de un rebusque que terminó en tragedia

El padre de la nena muerta accedió a vender droga, pagó lo que debía, pero desafió a un dealer. Por: Héctor Gambini

Esta es la historia de dos jóvenes del conurbano que se conocen de chicos. Uno dejó rápido la escuela y no aprendió a leer ni escribir. El otro sí terminó la escuela y entró en el Ejército, aunque enseguida ganó fama de pendenciero y abandonó la carrera militar. Luego mostró la hilacha: anduvo robando a vecinos y definitivamente se alejó del barrio. Después de mucho tiempo, se reencontraron. Fue hace dos meses, en una calle de Luis Guillón. Elías (27 años, hijo de un florista ambulante, un medio hermano gendarme) andaba desesperado. No podía conseguir leche para sus hijos más grandes (la mayor tenía 8 años) ni pañales para el bebé. Le habían dicho que el Oreja había estado pasando por el barrio en buenos autos y, ahora que lo tenía cara a cara, le preguntó en qué andaba. El Oreja (36) le dijo que podía ayudarlo. La cosa era así: iba a darle 30 bolsitas de cocaína y Elías tenía que pagarle 8 pesos por cada una. Cuando las vendiera, 2 pesos limpios serían para él. O algo más, si es que encontraba compradores que le pagaran más de 10 pesos por la ración. Elías -que también era consumidor- le diría después a la Justicia que la mercadería era de muy mala calidad, y que por eso le costaba bastante venderla.

Dos días después de aquel encuentro, el Oreja llegó con otros dos a la casa de Elías (una vivienda que alquila con su mujer en la calle Lisandro de la Torre al 1700). Le aseguraron que tenían protección "de arriba" y que le pondrían un abogado si llegaba a surgir algún problema, algo que descartaban. "Tomá esto", le dijo el Oreja al final. Y le dio un arma. Elías asegura que no aceptó esa parte del trato. Pero que sí aceptó la cocaína. Los visitantes le dejaron las bolsitas y le pidieron un "adelanto". El juntó lo que pudo y se los dio. Les quedó debiendo 160 pesos. Al tiempo, los hombres volvieron para cobrar, pero Elías no tenía la plata y comenzó a esquivarlos. Trataba de estar poco en su casa y nadie sabía bien por dónde andaba. En mayo pasado había sido detenido por robo y encubrimiento. El viernes 4 de setiembre, el Oreja por fin lo encontró y perdió los estribos. "No me importa si vendiste o no. Pagame porque te voy a cagar a tiros la casa", le gritó.

A Elías le llegaron mensajes por todos lados. Un hermano le recordó un episodio juvenil del Oreja: una noche, a la salida del boliche Jet Set de Llavallol, casi había matado a un hombre a cadenas. Fue suficiente. Elías pidió ayuda a unos amigos y fueron hasta un cajero automático del Banco de Galicia. Sacaron 300 pesos y llamaron al Oreja. Se encontraron con él y le pagaron los 160. Elías le recriminó el apuro y uno de sus amigos se animó a intimidar al narco: "No lo jodas a Elías porque yo soy más chorro y más pesado que vos".

El Oreja -había estado preso por robo agravado desde 2003 y quedó libre en diciembre pasado- se sintió "apretado". Tenía un handy en la mano y hablaba con otra persona. "Sí, pagó, ya pagó", decía. Y le tiró a la voz del otro lado de la línea una frase amenazante, en el tono exacto para que lo escucharan Elías y sus amigos, que ya se iban: "Tengo muchas ganas de hacerle daño a alguien".

Al día siguiente, sábado 5, Argentina y Brasil jugaban en Rosario. A la tardecita, Elías se fue al hospital de Monte Grande a visitar a un amigo que estaba internado. Roxana, su mujer, se quedó vigilando el guiso de carne y fideos que preparaba para la cena y cuidando a los chicos. Barbarita, la nena de 8, estaba contenta porque una amiga de su edad se había quedado a dormir. Habían estado jugando todo el día. Le encantaba su nueva soga para saltar, con mangos de plástico. Vestía sandalias, un pantalón de gimnasia y un saquito rosa. Ya había entrado la noche cuando se escucharon ruidos en la calle. Roxana estaba cambiando al bebé, oyó algo y le pidió a su hija mayor: "Andá a ver si vino papá". Bárbara fue saltando la soga hasta la puerta de entrada, que tiene un ventiluz. Apenas se asomó y se dio vuelta. No era papá sino los narcos, que vieron su sombra y dispararon. Siete tiros calibre 9 milímetros. Uno justo al centro del bulto que se movía tras el ventiluz. El balazo le dio a Bárbara en la nuca y la mató en el acto.

Al fiscal Mariano Leguisa Capristo le costará olvidar la escena que encontró cuando llegó a la casa: la nena muerta en el piso, con la soga aún bajo sus pies y dos de sus hermanitos manchados con su sangre, llorando y gritándole: "Barbie, Barbie... despertate". Hubo allanamientos urgentes convalidados por el juez Horacio Hryb y el jefe de la Policía Bonaerense, Juan Carlos Paggi, se comunicó con los fiscales María Recalde y Leguisa Capristo para poner "toda la Policía a su disposición" para atrapar a los asesinos. Aún no se sabe quiénes son. Algo debería saber quien le propuso a Elías la "ayuda" de un negocio salvador. El Oreja, hasta anoche, no aparecía por ningún lado.